

urante estos dos últimos meses, entre los hechos que han tenido efectos internos más importantes destacan la aprobación del Acuerdo de Promoción de Comercio (APC) con Estados Unidos por parte del Congreso de ese país y la publicación del artículo «El síndrome del perro del hortelano», del presidente García. A nivel internacional, los hechos más importantes fueron la continuación de la crisis financiera y la desaceleración de las economías norteamericana y europea.

Con respecto al APC, ya se ha dicho bastante. Desde esta columna hemos expresado nuestra preocupación por los sectores que serán afectados negativamente por ese acuerdo, y ahora lo reafirmamos. Esto se agrava debido a la ausencia, hasta la fecha, de algún anuncio de medidas específicas de apoyo a esos sectores, lo que anticipa una política de bombero para apagar los incendios solo cuando estos se presenten. En nuestra opinión, los beneficios económicos, si es que ocurren, serán escasos. Esto no quiere decir que no habrá sectores que se beneficien desproporcionadamente; por ejemplo, los empresarios mineros lograrán, por esta vía, la permanencia de los beneficios contractuales obtenidos hasta ahora. Pero junto a ellos estarán los que no obtienen nada y los que pierden, que numéricamente son más. Por ello, creemos que lo que se busca con este acuerdo, principalmente, es una declaración de cercanía con Estados Unidos y un posicionamiento geopolítico.

El artículo «El síndrome del perro del hortelano», del presidente de la República, pese a sus deficiencias, propone una relectura de nuestra historia reciente. Según este artículo, los culpables del atraso del Perú son las comunidades campesinas «artificiales», que no cultivan toda la extensión de su propiedad; los pequeños agricultores, porque «hemos caído en el engaño de entregar pequeños lotes de terreno a familias pobres»; los pescadores artesanales, las personas que se preocupan por la conservación del medio ambiente, los «comunistas» y «extremistas», etcétera. Ellos serían los

«perros del hortelano» que se opondrían a la «puesta en valor» de nuestros recursos.

Esta propuesta, por supuesto, nos lleva a preguntarnos si fueron esos «perros del hortelano» los que, entre 1985 y 1990, produjeron la más grave crisis de nuestra historia, que hizo retroceder nuestro ingreso per cápita a los niveles de 1960. Y también nos preguntamos si fueron ellos los que, entre 1974 y 1985, redujeron este ingreso a los niveles de 1968 preparando el terreno para la reducción posterior, bajo la presidencia del mismo Alan García; recién en el 2006 volvemos a tener el nivel de ingreso per cápita de 1974, el más alto de nuestra historia.

No hay «perros del hortelano». El problema parece haber sido, más bien, que desde 1975 se ha impulsado la continua reducción del Estado, al punto de que el país carece de infraestructura y de todo lo necesario para que la inversión privada pueda rendir frutos. ¡La tierra del «comunero artificial» no produce porque no tiene agua! Es bueno recordarle al presidente que la inversión, nacional y extranjera, solo va a los lugares donde ya existe infraestructura, mano de obra calificada y estabilidad política lograda por la eliminación de la pobreza extrema.

La crisis financiera internacional, que ha significado la quiebra de varios bancos en el extranjero, sigue presentado riesgos para nuestro país. En particular, por los efectos que tiene en el nivel de actividad de las economías de Estados Unidos y de Europa que, sin duda alguna, se han desacelerado. Aunque el mundo algo ha cambiado, sigue siendo cierto que una crisis en esos países puede tener efectos negativos importantes en el nuestro.

Aunque el presidente ni las menciona, estas crisis sí ameritarían ser llamadas «perros del hortelano».

El Director